

Edoardo Rosay Alba Veggetti, sobre Floriano Brazzolla como académico al servicio de la sanidad pública.

Por último, y antes del espacio destinado a las reseñas, encontramos aquel otro previsto para informar sobre estudios centrados en archivos, bibliotecas y museos. Vemos allí los trabajos de Ilaria Bonini, sobre la historia, personal y ejemplares del herbario de la Universidad de Siena; de Paola Novaria, sobre los proyectos en curso a propósito del archivo de la Universidad de Turín; de Marina Zuccoli, sobre las cartas del fondo Horn d'Arturo, entre 1912 y 1939 y el de Paola Dessi, Daniela Negrini y Marina Zuccoli, sobre las revistas estudiantiles y la biblioteca digital de la Universidad de Bolonia.

*Carolina Rodríguez López*

Ken Bain, *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*, Valencia 2006, 229 pp.

El libro (que ha ganado el premio Virginia and Warren Stone concedido anualmente por Harvard University Press a una obra excepcional sobre educación y sociedad) escrito por Ken Bain (director del Center for Teaching Excellence de la New York University) descansa sobre dos ideas: primera, se puede aprender a ser un buen profesor; segunda, para ello, lo mejor es observar lo que hacen los mejores profesores. Pero, ¿quienes son los mejores? Para el autor, éstos no son los profesores más amenos o que agradan a sus estudiantes, sino los que consiguen resultados de aprendizaje extraordinarios. Dos aspectos los caracterizan: que sus alumnos quedan tremendamente satisfechos con la docencia y se sienten animados a continuar aprendiendo; que lo aprendido es verdaderamente valioso y sustantivo.

La investigación que sustenta este libro duró más de quince años, en los que fueron es-

tudiados unos setenta profesores de veinticinco universidades distintas. ¿A qué conclusiones se llegó?

Primera: sin excepción, los profesores extraordinarios conocen su materia extremadamente bien. Pero no son meros eruditos. Utilizan su conocimiento para ir al fondo de los asuntos, a los principios fundamentales y a los conceptos basales; son capaces de simplificar lo complejo de manera que motivan el aprendizaje. Tienen además una comprensión intuitiva del aprendizaje humano.

Segunda: dan gran importancia a su tarea docente, tanta como a su investigación. Al programar sus lecciones (seminarios, prácticas, tutorías), se plantean los objetivos del aprendizaje.

Tercera: son exigentes con sus alumnos, esperan mucho de ellos. Pero plantean objetivos ligados a las salidas profesionales de sus estudiantes y a la formación que estos necesitarán a lo largo de su vida, es decir, no se trata de proyectar dificultades arbitrarias.

Cuarta: en sus lecciones (seminarios, prácticas, tutorías) intentan crear un entorno para el aprendizaje crítico natural, en el que los estudiantes se enfrentan con su propia educación, trabajan en colaboración con otros, confían en la valoración de sus tareas.

Quinta: confían en sus alumnos, son francos y abiertos con ellos, y siempre son amables.

Sexta: evalúan el resultado de su tarea y saben rectificar cuando es necesario. Califican a los estudiantes según objetivos de aprendizaje básicos.

Lo dicho hasta aquí no significa que estos profesores sean perfectos, como todas las personas cometen fallos. Pero no culpan a los estudiantes de ellos. Además, cuentan con lo que hacen sus colegas, discuten con ellos sobre cómo mejorar el aprendizaje de los estudiantes, y nunca quedan plenamente satisfechos con lo ya conseguido.

*Manuel Martínez Neira*